

la estepa florecida

Estela González



poesía

por si vienen

entre cazuelas y sartenes humeantes sobre el fuego

pelan cebollas sus pensamientos

se enredan en sí mismos

en sus manos

que no dejan de pelar cebollas

de vigilar

de atesorar sus invencibles armas

remueve

sazona

se asoma a los vapores

al crujir de los sartenes

a la espesa respiración de la cazuela

abrazo con los dedos el pimentón rojo dorado

suelta el abrazo

su olor redondo

suave aliento de una boca oculta

palabras que le falta ver crecer

intenta darles la espalda

canta

canta una canción que sabe desde siempre

canta con esa voz tan de niña como entonces

tan distinta a la de entonces

canta más horas de las que sus manos pueden cantar

se queda sin aliento

abre la heladera y tira a la basura el guiso de lentejas

ése que hizo el otro día en vano

se saca el delantal y enciende la radio

como quien abre una ventana

palabras sin memoria

en esta soledad tan llena de vigilia
cómo decir tanto como pienso
tanto como siento
si no logro encontrar el ritmo de los días
el atajo con sombras refrescantes que aparte las tristezas
del ir viviendo el resto

el silencio está en mi sangre
en la memoria de mi cuerpo
antigua hiedra que me cubre entera
nítida e intacta
sobrevive en mis poemas desde la raíz
hasta las hojas nuevas

viene del hosco silencio de mi padre
su oscura sombra de secretos
de rabia masticada hasta el hartazgo
cenizas en la miel
golpes de voz y vidrios rotos

del callar cerrado de mi madre
su grito detenido en la garganta
del canto de sus manos trenzando mi infancia
amasando panes de trigo y especias
amor y desencanto

mi modo de amasar no es diferente
ni es diferente el pan el trigo las especias

cómo decir entonces todo lo vivido
si mi silencio duda de lo recordado

duda del tiempo en que la tierra rezumaba
aromas de mil hojas y flores aplastadas
los árboles del campo
esa playa interminable donde el sol desaparece en la marea
el aire perfumado por los peces azules
algas y viento
tu piel de hombre sano húmeda de sal

inventaré entonces palabras sin memoria
que se atrevan a soltar el alma
decir lo que sienten
y dejar de disfrazar con el pequeño miedo
el insoldable miedo que me acosa

un modo de respirar

el problema es el crepúsculo
cuando ya ha encandilado los días con su íntima rutina
cosas sencillas
triviales
como alinear las especias
deslizar la cuchilla por el pan apenas tibio
proteger del viento los jazmines
sin ceder
 un modo de respirar

cuando cae el sol sobre los techos suburbanos
cierra los postigos para no verlo
pero es domingo
camina sola esa calle larga de paredes amarillas
con el crepúsculo frente a sus ojos abriendo un vacío
nítido y preciso
 incierto como los bordes de un lago

casi por instinto mira hacia atrás
una verja se cierra a su mirada
ya no puede volver
detrás de esa verja
luminosa de curiosidad
ve a una extraña buscando entre las sombras el olor leve del diente de león

a lo largo de la calle las casas tienen las ventanas cerradas

algunas voces llegan desde la penumbra
no puede entender sus palabras
sombras y dudas atraviesan
el silencio de su corazón

¿es el miedo que a esa hora sale de viejas paredes?
¿o es temor a la inestable permanencia de las cosas
la corriente nunca quieta de la vida?

¿cuál es su verdadero corazón
este que trepida
o el que mantiene dentro de ella en silencio sus latidos
avanza con cautela sobre raíces firmes y suaves
intentando con belleza exorcizar el miedo?

hay árboles al final de la calle
la voz fresca y clara de una zorzal toma las paredes por sorpresa

le recuerda que la lluvia los pájaros el vino
todo lo que respira queda para siempre
y que cada día
al caer la tarde
el canto del zorzal le anunciará el fin de la hora inestable
cantando como entonces
sólo para ella

en el aire frío de una tarde con viento del sur

he vuelto al mar
desde la orilla el océano ondula más allá de mi mirada
sólo mirar
sólo recibir y sentir ese mar
dulce salado potente mar
su respiración antigua con olores y sonidos de otro mundo
el sol detenido en la frente del cielo
azules y verdes increíbles

hundo la arena con los pies descalzos
lenguas de sal lavan viejas cicatrices
todos mis miedos
mi alma mis sienes y mi sangre
las huellas de mi madre con mi peso dentro y su desesperanza
nuestras huellas juntas lado a lado paso a paso
las de mi propia soledad

qué puedo contarte que no sepas
si oyes mi corazón

estaba tan oscuro entonces y siempre tenía frío
hasta el aire transparente
se cubría de una niebla espesa
y una nube negra empapaba mis espaldas

suavemente retiro los pies
por las cicatrices entra la luz del sol
brilla serena y me interroga

cuándo el mar volvió a ser tan hermoso
las aguas luciendo su blanco fulgor
si todavía te veo
el pelo mojado
tu mirada en mis ojos
tu amor y tu deseo

acaso fue un día
un solo día
así de improviso
como desaparece un puño al abrir la mano
o fue la pena lenta y silenciosa diluyéndose en la luz
iluminando despacio el corazón
esa zona del pecho donde nacen las ganas de vivir.

algo me dice la tarde bendecida por el viento del sur

el mar colecciona instantes
transforma memorias en rugientes olas
todo lo dado lo quitado lo soñado
cada noche alimenta peces en la arena mojada
en la mañana inventa playas sin huellas
sin una sola huella
nada
como si no hubiéramos existido

estiro los brazos al sol
al cielo dentro de mi cuerpo

el azul más hondo del cielo

la suave luz debajo del cielo parece venir de todas partes

ha dejado de llover

las nubes se levantan y dispersan

todavía el otoño no extendió sus rojos sobre las hojas del kaki

con la linterna encendida

sigo la línea de hormigas sobre el suelo oscurecido por la lluvia

sus antenas se rozan al pasar

llevo puesta la misma blusa que cosí hace veinte años

y que tantas veces quise tirar

la misma de aquel día en que enterramos juntos nuestra perra

aquí

donde ahora las hormigas rodean la azalea esplendorosa

la sombra de tu rostro demudado

me pregunto quién era la que vestía esa blusa

quién a través de los años

quién ahora

cuántas máscaras cayeron

entre lágrimas y asombros

pienso entonces que vivir es la verdadera ficción

sabes a qué me refiero

acaso no son máscaras las sonrisas frente al desasosiego

cantar cegando los gritos del cuerpo

el miedo del alma

o el rostro sereno en medio del quiebre de lo que más amamos

las horas hicieron su trabajo

y el silencio

cada día un poco más intenso y rumoroso

ocultó antiguas voces que van con nosotros hasta el fin

como la pared descascarada conserva el calor del sol

y un centro de tinieblas

hasta el anochecer

ahora

que los años de ira han quedado atrás

afronto como puedo las pequeñas y grandes verdades

sé que ninguna cosa es ella misma

sólo lo invisible permanece intacto

la suave luz debajo del cielo que parece venir de todas partes

el frío acuchillado del invierno

el resplandor redondo de las naranjas en tus manos

el aroma de la tierra húmeda al principio de los tiempos

el índigo el rosado el malva

Felisa

lunes

un cielo nublado con pizcas de azul se levanta
entre los techos bajos
el aire helado murmura y deshace la niebla matinal
brilla la escarcha sobre las baldosas del patio
los gorriones alborotan las ramas desnudas
pían todos a la vez

inclinada en el piletón del patio
con las manos rojas bajo el chorro de agua helada
Felisa blanquea ropa en la tabla de madera acanalada
(lava como antaño lavaban ropa en el río)
sujeta con cintas las motas de su pelo
abriga sus hombros un grueso mantón
flores amarillas el delantal

como cada lunes

Doña Pilar se acerca con un mate y un plato con pizza calentita
Felisa cierra la canilla y se seca las manos en el delantal
se miran sin hablar
sonríen
una tristeza fatigada las envuelve
la luz color de azufre embellece sus miradas
acerca sus silencios

invisible en el recuerdo soy la que mira

certezas que sólo pueden dar las cosas vivas

qué temo de la vida
se pregunta en esa mañana de lluvia silenciosa
de un silencio extraño
sombrió
como si algo estuviera llegado a su fin

tiembla
teme que la pasión se aleje para siempre
el asombro
la mirada intacta con que flota encima de las cosas y los seres
pero cerca
muy cerca
como una figura de Chagall

con ese pensamiento se acerca a la ventana
enfrenta el espejo
la niebla apaga los ocres y rojos del otoño suburbano
en la calle mojada tiritan y charlan el cartero y el repartidor de soda
en el jardín
la lluvia lava la espina del rosal
desprende las últimas hojas del fresno
y en la rama desnuda el zorzal recoge las alas
sobre su corazón

más allá
sumidos en la niebla y el tiempo
los seres anónimos

preguntándose también ellos qué temen de la vida

amando y muriendo en hogares abrigados

o sin hogar ni techo ni esperanza

vuelve a sus tareas cotidianas

se pone el delantal y amasa el pan con fuerza

sus manos de mirada intacta

rumor ligero de colmena

comienzan a hablarle aquel día

mientras pone la cebolla en el sartén

y espera confiada que los círculos blancos se doren y suelten su dulzor

comprueba con asombro renovado que la masa

con su vida propia

respira suave y persistente bajo el repasador

la niebla vigila atenta frente a la ventana

espía sus menores movimientos

pugna por pasar del lado de la luz

la detienen los olores y sonidos que inundan la cocina

el pan de vida que amoroso leuda

el dulce crepitar de las cebollas

el aroma a tostadas con manteca mientras el piano suena

el asombro

la pasión

la mirada intacta

el dulzor

frágil

*deja que todo te suceda
la belleza y el terror
solo sigue adelante
ningún sentimiento es definitivo*

Rainer Maria Rilke

deja de llover
en el césped húmedo la luz ajusta su reflejo
una filigrana de agua se teje sobre el jardín
brilla
 diminuta e intensa

miro arder su belleza y pienso
esto es todo lo que queda
esto es todo
el pasto cortado los rosales podados a su tiempo y mi alma cansada
inmersa en la etérea filigrana de pequeñas gotas
frágil como la vida
 como la belleza

me recuerda a la intemperie humana
en silencio
 y quieto resplandor

abro la ventana y me apoyo en ella para respirar
un cielo recién lavado se entrelaza con las ramas del ciruelo
diáfano como una acuarela de Turner
respiro el azul alga del cielo
y siento que sólo mi respiración inaudible

tranquila
sostiene mi vida

tal vez por eso
después de tanto tiempo enmudecida
congelada por el miedo
vuelvo a buscar mi voz en el poema
 como aliento de mi subsistencia

tiemblo y vacilo
y no oigo sino mis pensamientos
con la mente abierta escucho con cuidado
viva y desnuda
va surgiendo la voz
estaba dentro de mí
pasaba por mi corazón y mis arterias
recobrando su luz
cede y se adecúa a las formas del dolor

mi mano dibuja entonces la palabra realidad
su latido me lastima
como una espina clavada en el pulgar
pero el escribirla desmorona
el espesor oscuro de su trazo
y me devuelve
en el tiempo que dura la corriente viva del poema
el corazón puesto
en la esperanza

mi corazón guarda esa tibieza humilde

frágil como la vida
y librándola de sombras
la siente como un don
su significado floreciendo en la palabra

dibujo entonces su ondulación sonora
su morada

esperanza

esperanza como un don contra la adversidad



Nací en Mar del Plata, Buenos Aires, un verano de 1944.
Vengo de las Artes Visuales, desde donde transité como docente y como medio expresivo, junto a la escritura. En poesía publiqué "*Belleza de todos modos*" y "*Un modo de respirar*" ambos libros en Macedonia Ediciones.

